

TIEMPOS INCIERTOS

Juan Antonio Flores
Psicólogo. U. Católica. Doctor en Psicología U. de Chile.
Psicoanalista (ICHPA). Director Magíster en Psicoanálisis
Universidad Adolfo Ibáñez. Presidente International Federation
of Psychoanalytic Societies IFPS. Past President FLAPPSIP.
jflores555@gmail.com

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Flores J.A. (2020) TIEMPOS INCIERTOS
Intercambio Psicoanalítico 11 (2), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/14.2.1/
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

TIEMPOS INCIERTOS

Juan Antonio Flores¹

1 Psicólogo. U. Católica. Doctor en Psicología U. de Chile. Psicoanalista (ICHPA). Director Magíster en Psicoanálisis Universidad Adolfo Ibáñez. Presidente International Federation of Psychoanalytic Societies IFPS. Past President FLAPPSIP. E mail: jflores555@gmail.com

No hay duda que la emergencia del Corona virus nos provocó un súbito cambio de escenario: el establecimiento de una situación inesperada que pone de relieve las fragilidades y violencias que habitan entre nosotros.

No es casual que una disputa subterránea y en muchos casos abierta sea la polaridad que se escenifica entre el énfasis por proteger a la población del virus y el empuje por el retorno paulatino a las actividades económicas, conflicto que da cuenta de las dinámicas que operan en términos de distintas fuerzas políticas, cuyo énfasis en algunos casos es la promoción, a como de lugar, en pos de acrecentar los procesos de mercantilización de la sociedad y por otro lado quienes reafirman la importancia del rol de lo público, del aparato del Estado y el desarrollo de proyectos de protección social que hagan posible, defender y profundizar los derechos ciudadanos.

Parte de esta tensión se percibe en las directrices que han promovido algunos gobiernos en torno a comenzar a desplegar el concepto de lo que se ha denominado “nueva normalidad”. Es decir, el rápido reordenamiento de las actividades de la población, de tal modo que se produzca un retorno a las funciones económicas tradicionales a la brevedad. Aunque este esfuerzo ha merecido severos cuestionamientos, en la medida que ha mostrado un intento de empujar la reanudación de los procesos productivos a contrapelo de los indicadores reales del corona virus, es cada vez más claro que en esto hay cierta noción de que se está dispuesto a asumir “ciertos sacrificios”. El corona virus es democrático en la posibilidad de poder atacar a todos por igual, sin embargo no lo es en sus consecuencias. Todas las estadísticas muestran que los pobres y poblaciones marginadas (nuestros pobres en Latinoamérica, afroamericanos en EE.UU, etc), son los principales grupos atacados. Son ellos quienes por las condiciones materiales de su vida, por una corporalidad debilitada previamente por las condiciones o los modos adquiridos de su alimentación, por la debilidad de los sistemas de salud, por tener inevitablemente que exponerse con su cuerpo a la necesidad de movilizarse, interactuar y de tener que compartir los sistemas de locomoción colectiva, etc, van a tener que sufrir en carne propia los impactos del contagio, debido a la situación vulnerada en las cuales desarrollan su existencia. Las frases de “quédate en casa”, “aislamiento social”, “desarrollar teletrabajo”, parecen ser consignas que dan cuenta de cierta noción discursiva que oculta los conflictos sociales y las diversidades de formas de habitar en el mundo, con los impactos en la subjetividad que ellas generan, debido a las condiciones materiales desde donde ejercemos nuestra vida.

Sin embargo, nosotros como analistas somos actores y espectadores privilegiados de los impactos de estas circunstancias. La actual coyuntura ha significado asumir la inevitable posibilidad de asunción del contagio y sus efectos, las destructivas y corrosivas consecuencias en el cuerpo social de los impactos financieros y la destrucción progresiva de los puestos de trabajo y la economía. Pero hay una tercera ola en ciernes:

aquella que resulta de los efectos en el psiquismo y lo que genericamente llamamos “salud mental”.

La implantación de las cuarentenas dinámicas, el confinamiento obligado, la baja profunda en las interacciones humanas, la amenaza sostenida de la muerte que ronda, la incertidumbre corrosiva, el futuro puesto en cuestión y desdibujado entre otros elementos, nos ha llevado a transitar por un escenario imprevisto y que sin lugar a dudas interroga a nuestra disciplina y nos obliga a pensar en como nuestros dispositivos teórico-técnicos van a ser capaces de dar cuenta del nuevo estado de cosas. Esto es especialmente válido a partir del reconocimiento del hecho que nuestra actividad clínica se ve alterada en sus trámites habituales y en lo que podemos apreciar en la aparición de los denominados “nuevos pacientes”: aquellos que surgen de los procesos angustiosos del estado de cosas, de la precariedad económica y de la sensación de fragilidad estructural que reaparece de formas arrasantes.

Esto es relevante no sólo en términos de las circunstancias especiales en las cuales se realiza hoy el trabajo clínico del análisis, sino también en las formas en que se despliega hoy esta constitución estructuralmente conflictiva de lo humano.

Sin duda este es un momento que sentimos como excepcional, este momento es percibido como el surgimiento de un acontecimiento que disloca los tránsitos aparentemente estables de la vida y que rompe las certidumbres supuestas en las cuales habitamos en lo cotidiano. Eso sin duda nos remece fuertemente y colabora a este sentimiento de fragilización continuo.

La exposición al miedo a la muerte y a la enfermedad nos enfrenta al derrumbe de nuestros sueños y expectativas, sobre los cuales hemos construido los soportes ilusorios de nuestro tránsito vital. El presente empieza a edificarse como un peso continuo y con un horizonte gris, por ello el porvenir queda en suspenso y amenazado. Así entonces, en momentos oscuros como el actual, la ilusión de un futuro que podría avisarse más luminoso nos sostiene, aunque percibamos la precariedad de esa necesaria ensoñación.

Probablemente, visto este tiempo posteriormente desde la lejanía, se incorporará como una más de las situaciones que nos exponen al desamparo estructural que nos constituye, es decir a la fragilidad que nos caracteriza, al ataque de la enfermedad, del dolor emocional y lo imprevisible de la naturaleza. Es quizás el carácter global y de diseminación masiva mediática lo que contribuye en gran medida a la percepción de lo que hoy vivimos es algo único y extraordinario.

Sabemos de forma dolorosa que siempre estamos expuestos al accidente, es decir, a aquella circunstancia que irrumpe fuera de control y de toda expectativa. Eso es por supuesto, (la ausencia de control total) uno de los ejes de nuestro despliegue en la vida, sin embargo la realidad actual hace más precaria esa disociación, en la medida que el real del cuerpo amenazado, de la muerte que circunda y la incertidumbre dominante, se hacen concretas e innegables.

Quizás es necesario mantener cierta mirada escéptica e interrogadora frente a la multitud de declaraciones, (poseídas a veces por la emoción desbordada), en torno a suponer que la experiencia actual va a reconfigurar las relaciones entre los hombres y que los hechos del presente van a provocar una suerte de modificación radical en la relación con el otro. La multiplicidad de reacciones casi “religiosas” en términos de caracterizar los tiempos actuales como una conscuencia de habernos apartado del camino del bien, de habernos extraviado de la naturaleza, o de haber hecho prevalecer el egoísmo humano por sobretodo, parece ser más bien una reacción marcada por la angustia y por una especie de arrepentimiento y culpa moral más que una real posibilidad de un cambio estructural de nuestro modo de vincularnos.

Hoy asistimos más precisamente a una precarización de los vínculos, a una incertidumbre que amenaza el futuro y que pone en riesgo la vida. Sumado a esto, está la sensación de que también estos próximos tiempos serán complejos y difíciles, lo que contribuye a la percepción de un ambiente frágil e incierto. Es probable que entonces estemos frente dos direcciones posibles en las cuales pueden transitar estos procesos.

En un polo, está la posibilidad de que el confinamiento mantenido, sumado a una precarización económica, generará un mayor aumento de la angustia y la ansiedad, con los consiguientes desarrollos de procesos de desagregación, sumados a acciones diversas e incluso violentas, que pueden a su vez, provocar climas que exacerben los conflictos postergados y respuestas que privilegien más bien la descarga de la frustración sin procesamiento ninguno y por lo tanto sin un sentido productivo que conduzca a cambios efectivos posibles.

La otra alternativa es que producto de una elaboración amplia y masiva de esta experiencia, nos dispongamos a trabajar por nuevos acuerdos, a una profundización de los lazos vinculares, con un desarrollo real de la solidaridad y la revalorización de la importancia de lo colectivo como sostén social. Para que algo de esta situación pudiera ocurrir, será necesario articularse frente al orden de lo político, con la consiguiente constatación de que existe un campo de fuerzas en disputa y por lo tanto de poner en juego nuevamente (y no desecharlo) el problema del poder y por lo tanto como va a ser considerado este aspecto en los nuevos dinamismos. Por ello, va ser decisivo cual será el discurso que terminará siendo dominante y quien o quienes serán los que irán conduciendo los próximos procesos.

La pandemia se nos muestra atacando los lazos que nos atan y unen a los otros, como un enemigo invisible y oculto. Nos invade sin ley y sentido, deshace nuestras inercias de lo previsible. Por ello, en un juego de racionalizar defensivamente, intentamos encontrar ciertos orígenes explicables y causales de lo que sucede y de sus supuestos orígenes.

Nos seducen y atraen las diversas teorías de complot y conspiraciones que proponen un intento de hacer consistente y pesquizable aquello que nos perturba de modo oculto. Como en todo ámbito donde perdemos el control y el ataque surge de manera incierta, el miedo nos invade inhibiendo el pensamiento y paralizando.

El miedo es una de las pandemias más terribles. Hace que reaccionemos impulsivamente y que aparezcan aspectos básicos y primitivos del psiquismo que atentan contra lo solidario y colectivo. Es el miedo uno de los más importantes productores de ansiedad y violencia con el prójimo, haciendo que resurja lo más atávico: percibir al otro como un enemigo. Por ello, un peligro siempre posible, tendremos que asumirlo, es el establecimiento de una distopía de un mundo regido aún más por la dominancia de lo biopolítico: la preeminencia del discurso cientificista, del control de los cuerpos, del disciplinaje de las tareas cotidianas, de la vigilancia del contacto. Frente a esto: el reforzamiento del lazo social, la lucha por hacer hegemónico un discurso que ponga en las redes solidarias los soportes para hacerle frente a otro virus poderoso y permanente: el que afirma que el quehacer fundamental es refugiarse sólo en la defensa individual o de construir como garantía ilusoria la noción de que cada cual se defiende como pueda.